

COCO*

Acariciaba la cabeza de Coco y temblaba un poco al compartir esa sensación de confusión e incertidumbre que yo había padecido también. Estos chicos están perdidos entre el dolor y la muerte, la droga y la locura.

Y una consecuencia necesaria de esta situación era la prostitución más o menos evidente, la mentira y ahondando un poco más la ruina moral. Algunos consideran ésto como una alternativa más para obtener placer ya que cada cual tiene derecho a elegir su manera de vivir y morir. Continuaba acariciando a Coco. Le costó decidirse a contar sus experiencias y, al final aceptó con la finalidad de ser útil y no para mostrarse, darse importancia.

Ocho días más tarde Coco empezó a hablarme. Digamos que ahora ya he escuchado bastante. Permanezco casi hundido en ese pantano, esas arenas movedizas. Es una historia diferente y semejante a la de otras personas que han pasado por lo mismo y han sufrido. Se da siempre una falta supuesta de amor o falta real de alegría. Búsqueda de una identidad que se conforma con una autenticidad dentro de un mundo artificial. También se da el problema insoluble del alma. Querer ser algo en concreto sin tener los medios reales para lograrlo.

Tengo la mirada triste, el alma cansada frente a tanta debilidad y poder del mal, estoy destrozado. Pero esto forma ya parte del pasado. Coco tiene ahora muy buen color y se encuentra animada. Vive, respira, ama, estudia y obtiene buenos resultados.

Los últimos rayos de luz anuncian un tranquilo anochecer. Sentado en un tronco cortado recientemente escucho lo que Coco me cuenta. He apoyado su cabeza en mi rodilla derecha, me da una mano ya que la otra la tiene ocupada con un puñado de tierra que deja caer de entre sus dedos poco a poco.

Como siempre, el día ha sido duro para todos, pero también enriquecedor. René el magnífico ha tenido una discusión con Hella y hemos tenido que aguantar sus enfados todo el día. Hella se mostraba preocupada, pero estoy seguro de que todo se habrá arreglado para la noche. J. S. ha hecho hoy de cicerone tres veces con su entusiasmo y volubilidad característicos. Los visitantes se asombran de su vocabulario cargado de adjetivos rimbombantes, nosotros ya estamos acostumbrados: la verdad es para quedarse con la boca abierta. Únicamente un barbudo, creo que profesor, ha dicho en mi presencia una frase que me ha hecho gracia: «sólo una nueva raza de jóvenes es capaz de

* Tomado del libro *La Esperanza en Acción* de Lucien J. Engelmajer, editado por Asociación Le Patriarche, Pamplona, Navarra, España, quinta reimpresión, México, 1990.

comportarse así». Ha emitido un juicio injusto y no se ha dado cuenta, le falta todavía confianza en sí mismo y en los demás.

Un silencio repentino me recuerda que estaba con Coco.

¡No me escuchas, sonrías y pareces distraído, eso no está bien!

Bueno, de acuerdo, ya te escucho. Pero no te alargues ¿Vale? Mira, creo que tengo ganas de vivir. No, no lo creo, estoy segura tengo ganas de existir, de ser algo en la vida, estar contenta y repartir alegría.

Me levanto de golpe, pegándole un pequeño empujón, la agarro, nos miramos y nos fundimos en un abrazo. Hay que saber lo mal que lo había pasado. Aún dudaba un poco de que estuviera bien, pero ahora estoy completamente convencido de su total curación.

Me vuelvo a sentar y estiro las piernas que tenía un poco entumecidas. Coco se sienta en el suelo a mi izquierda, se pierde en el infinito.

Ocurrió en verano, durante las vacaciones, en un pequeño pueblo situado en lo alto del Var. Llevaba ya una semana de descanso total, paseándome en traje de baño por un pueblo de viejos. En medio de este ambiente me llamó la atención una casa de piedra en la que vivían cinco chicos y una chica jóvenes. Les observo, espío un poco, cada vez más de cerca. Uno de ellos me llama, le sigo, entro en la casa misteriosa. En un principio me quedo alucinada ante el increíble desorden que hay en la habitación, después me dejo llevar por el sonido de una guitarra tocada por un pelirrojo y me largo.

Dos días más tarde, por la noche, vuelvo a entrar en la casa. Están fumando en pipa y beben vino tinto. Me paso por lo menos una hora fregando platos, pero así me siento útil y aquello me hace feliz. Para mí es como un símbolo de su aceptación. Al día siguiente nos vamos a bañar al río, a continuación me piden que les remiende los pantalones vaqueros. Por la noche, tocan la guitarra y traen una cajita a la mesa. Hace calor. Sin saber, sin preguntar, me trago envueltas en un trocito de papel de periódico unas pequeñas bolas oscuras, me las trago de golpe, como me han dicho. Nos reímos. Me siento orgullosa de mí misma.

Al cabo de media hora me voy a dormir a casa. Y de repente en este campo, rico en verdes, al caer de la tarde, me sumerjo en un mundo algodonoso que me absorbe. Es suave, un poco nauseabundo. No controlo, me dejo llevar por esa extraña sensación. Hubiera estado muy a gusto si la náusea no se hubiera hecho irreprimible. Tenía la impresión de no ser más que una gigantesca náusea. Me siento, me retuerzo, trato de expulsar eso que me da ganas de vomitar. He vomitado, mareada, me encuentro mal... No sé dónde tengo la cabeza, tengo las tripas revueltas, consigo llegar a casa y me meto a la cama. Todo aquello duró unas tres o cuatro horas. Ya ni sé. Era opio. Tenía once años.

Septiembre de 1971

Me internan por primera vez en la clínica de mamá. Me cuesta trabajo recordar, pasé tres días en casa de su hermano debido a una supuesta gripe y luego resultaron ser varios meses de ausencia.

Agarrarse a algo, a lo que fuera, para llenar el vacío, la sensación de abandono.

Empecé a pensar en una gata que quise mucho siendo niña, en las broncas con mi hermana pequeña, las peleas violentas con ella, con el fin de convencerme a mí misma de que hay que seguir viviendo a pesar de todo. Mira, te voy a contar un poco.

Le tomo la temperatura en la frente. No tiene fiebre. Todo está bien salvo que a veces mueve nerviosamente las manos para estirarse la falda y así tapar sus rodillas.

Una de las típicas broncas con Bernard:

Iba a verle a su habitación, me instalaba allí cómodamente, le miraba de lejos y altivamente y le soltaba con frialdad:

Me das asco, no te quiero, eres desagradable.

El me respondía:

Sal de mi habitación.

Ya está, ya había provocado la reacción que quería. Seguía incordiando. Se levantaba para echarme.

No me toques, me das asco, apestas, no me toques.

Con los ojos en blanco de dolor y de rabia trataba de morderme. Le empujaba hasta que lograba que me pegara con fuerza, llorando. Un día me aprisionó entre una cama y la pared y se me tiró encima sollozando. Fui a que me consolara mi hermana mayor Martine, cargada de odio.

Al fin te das cuenta de que es un tipo odioso.

Estas escenas tenían siempre lugar al final de la tarde. No podía acostarme sin haber antes torturado a quien sabía que podía hacer daño. Unos meses más tarde, ya no podía ni ir al colegio. La angustia de afrontar un nuevo día, la gente, los niños, los profesores. La idea me hacía salirme de mis casillas.

Entonces empecé con insomnios, lloraba por la noche, mis despertares traumatizaban a mi padre. Me daban justificantes de ausencia para llevar al colegio, sin saber qué hacer ni qué pensar.

Los días que pasaba sola en casa me tranquilizan mucho. Me sentía libre. La soledad, rodeada de la gente que uno quiere, ha sido siempre para mí angustiada, como estar en una cárcel. Me entraban ganas de chillar.

¡Estáis aquí, hacedme caso, hacednos caso!

Siempre sintiéndome abandonada, olvidada.

Aprovechando que estaba sola, volví a ver a los chicos de las vacaciones. Estoy con ellos pero me ignoran, me evado, hablan de distintas hierbas y de sus efectos, también de otras cosas. Dominan el tema. Trato de introducirme, de llamar la atención. Cuando más a gusto estoy es cuando están a su aire, sin hablar, pensando en sus cosas.

Así ha sido siempre mi relación con la gente. Hacen de mí lo que quieren, me admiten cuando les apetece y me rechazan cuando les viene en gana.

Esta frustración era una excusa para no pensar en lo que hacía.

Navidad del 71

Tengo una breve visita de mamá. Me hace el mejor regalo que he recibido en mi vida: una gata. Así entró Bulle en mi vida. Nuestro mutuo proceso de acercamiento es el recuerdo más bonito que guardo de esos años. Cuando entró por primera vez a mi habitación le puse música de Mozart.

Era la única cosa que sentía y veía del exterior (exterior a mí). Fue, a menudo, el único testigo de mis angustias, momentos de desesperación, alegrías y demás cosas. Fue la única que recibió el poco cariño que podía exteriorizar.

Formaba parte de mí, no tenía secretos para ella. Era mansa, dulce y me sonreía.

Más tarde, un poco antes de ir a México, una noche de angustia, construí y visualicé la escena del asesinato de Bulle. Bulle se para, respira profundamente, parece sollozar sigue su camino.

Le echaba las manos al cuello y se lo apretaba, su cuerpo se debatía, sus ojos se inundaban de terror y moría asfixiada entre mis manos.

Mi razonamiento era bien sencillo: si Bulle moría hubiera tenido una razón para llorar durante semanas y así me hubieran hecho caso. Nunca llegué a ejecutar el plan. Veía cómo lloraba y me ronroneaba.

Camino al lado de Coco, le suelto la mano y le digo que se calle un momento. Oscurece, el cielo y la tierra se confunden, las casas se pierden entre los árboles. Las luces de los pueblos y los farolillos iluminan el paisaje. Las sombras se entremezclan. Me cuesta identificar por sus siluetas a los chicos.

Hay muchos nuevos. Sólo contando los de La Boere son 50. De entre todos reconozco a Juan: persigue a un perro que estaba pisoteando las verduras de la huerta. Tenemos como música de fondo la Carta a Elisa, horriblemente tocada al piano: es Phil que está probando el funcionamiento de sus dedos y de su memoria. Coco, suave y lentamente levanta la mirada.

Oye, esta noche todavía tengo ganas de contarte...

Vale, vale, ya veremos, ya sabes que hay mucha gente que necesita ser escuchada, sobre todo por la noche. ¿Cómo llevas los estudios?

¡Bah!, eso es fácil, bueno...

Esperamos a ver los primeros resultados del C.N.T.E.

Abro la puerta de la casa. La chimenea está encendida y hay unos doce o quince alrededor del fuego, tocan la guitarra, hablan, ríen, incluso Phil canturrea sin preocuparse de ser escuchado. Siento una gran alegría...

¡Papá, papá! me llama François, se acerca, me abraza.

Fírmame las notas.

Sí, ¿Dónde está Elsa?

Está aprendiendo su papel.

Cruzo el salón y Josy al pasar me da un beso, rápido saludo, sonrisa húmeda. En la pequeña cocina hay un olor empalagoso: es de la infusión de lúpulo para uno nuevo. J.S. pasa con una taza.

Al fin encuentro a Isabelle. Elsa, en un rincón del despacho recita a media voz, e Isabelle, al igual que Elsa, no pierde ni un minuto del día, está ordenando la correspondencia. Mi cariñoso beso le hace girar un segundo la cabeza. Me abraza suavemente y vuelve enseguida a su trabajo. Realmente me ayuda mucho. Ahora me dice:

Solamente hoy hemos recibido ya cinco solicitudes de admisión y tres cursillos: ¿Vas a coger a todos? Ya ni se dónde instalarnos: Philippe duerme en la cuadra, S. en el cuarto de la televisión y M. en el gimnasio.

La verdad es que no te voy a contar historias maravillosas. Mi vida se compone de una serie de encuentros con gente muy interesante que nunca ha sabido aprovechar (no aprovechar en el sentido peyorativo). Conforme iba creciendo la fuerza de destrucción en mí, aguantaba cada vez menos a la gente. Observaba en ella una línea decreciente en cuanto a la calidad. Es lo que normalmente llamamos decadencia (¿verdadero o falso-imaginario?).

Una persona importante en mi vida ha sido X. Un sujeto con el que he jugado durante casi cuatro años al perro y al gato. Hay que reconocer que su pasividad me conducía a ello. Un juego incesante de seducción, rechazo, manipulación y, finalmente, pensándolo bien, aquella relación no tenía ningún interés. Pero lo más fuerte de todo fue cuando su mejor amigo R., que no se parecía nada a él, tuvo la desgracia de enamorarse de mí.

Era realmente inteligente y poseía muchas cualidades. No podía soportar la idea de que ese fulano hiciera de mí una persona e incluso una persona feliz. Entonces me dediqué a pisotearle, hacerle sufrir, para demostrarme a mí misma que no estaba a su altura. Por entonces, me metía coca, sin estar enganchada ya que lo que sobre todo hacía era comer anfetás y un poco de opio.

¿No crees que la droga era también en parte la causa de tu comportamiento?

Mirándolo ahora fríamente, pienso que sí. Pero él no sabía que me drogaba y tampoco a precio de qué la conseguía. La historia acabó mal. Me fui tres meses un día después de que me dijera «acabarás en el psiquiátrico». Aquello me cortó un montón y sólo pude contestarle que viniera a verme cuando me internaran. No me gusta recordar esta historia ya que la considero la mayor injusticia que he cometido en mi vida.

Tu responsabilidad en este caso estaba limitada ya que casi siempre estabas bajo los efectos de la droga.

Puede ser, pero era también la época en que me prostituía.

En realidad empecé con X, después pasé por la cama de P. De los tres, primero me quité de encima a X, luego a P, para que viniera a ocupar su lugar de ricachón cualquiera. Sólo sabe Dios el asco que me daba a mí misma, me aborrecía o aborrecía mi existencia, ya ni se...

Y sin embargo, a pesar de mi constante asco y depresión, cada vez que me enfrentaba a una situación en la que pudiera hacer daño, me armaba de valor y ponía todos los medios para hacerlo. Seducir a hombres (¿maduros?) me dejaba, una vez lograda “la victoria”, bastante mal les sacaba todo lo que me apetecía, dinero, cualquier baratija y sobre todo ese lujo lamentable del asco a mí misma en detrimento de otros, por haber abusado de ellos.

Cuando hablo de esto me da la sensación de que lo hubiera vivido otra persona. Con esto no quiero decir que reniegue de ello o que no me considero responsable de todo esto, pero creo que me hacía reaccionar así una fuerza interior que no podía controlar ni entender. La distancia entre lo que era entonces y lo que soy ahora es enorme.

De todas formas no creo que en aquel entonces fuera muy desgraciada ya que al estar ciega pasaba y además tenía poco tiempo libre (nunca dedicado a la reflexión) entre una tontería y otra.

Sin embargo, tenías ratos menos negativos ¿no?

Sí, también tengo buenos recuerdos, recuerdos divertidos, de felicidad total. Estar sola en casa, teniendo por invitados a seis adolescentes con ganas de risas, de amor y de olvido.

Hago el papel de madre consoladora y de repente todos empiezan a sacar a relucir sus desgracias. Al no tener nada más que reír, aprendemos a llorar y al final nos reímos de ellos. De todas formas no creo que se trate de un juego muy sano.

Coco deja de hablar, parece estar concentrada en sus reflexiones, y de repente:

Nunca me ha gustado la psiquiatría. Tengo un mal recuerdo: en una corta estancia que pasé en el hospital, la psiquiatría me recomendó ir al Club Méditerranée, en familia, ¡¡para curarme!!

No debía de saber que me mandaban a un verdadero comedero de drogas

Sé precisa y cuenta una anécdota.

Al principio, en el hospital, tenía que ir a verla con asiduidad. El tema preferido de mi padre era mi madre. Estaba empeñada en que yo tenía que confesar que era la causa del malestar de mi madre y que seguramente el reconocerlo me curaría.

¿Qué dices?

Sí, el reconocer que era responsable. Y la última de las tuyas fue pedirme (tenía 14 años) que trabajara para pagarme lo que costaban esas sesiones. Eran 800 pesetas 2 veces a la semana. En aquel momento fui discreta pero ya no volví a verla. Fue increíble.

Uno de mis problemas ha sido el del transporte.

¿Qué tipo de transporte?

No podía coger el metro, sólo el autobús. El metro me producía angustia, miedo, ganas de desaparecer. Tenía miedo a la muchedumbre, al anonimato.

Como no sabía manejar una moto y sólo se podía andar en bicicleta el domingo por la mañana, a causa del tráfico, no me quedaban muchas alternativas: o bien el taxi, lo cual supone mucho dinero, o bien un generoso chofer. En principio me gusta la belleza pero he tenido que salir con verdaderos monstruos únicamente porque luego los utilizaba de choferes.

Ya sé que me dirás que se trata de un aspecto sin importancia en relación con la vida que llevaba.

En todo caso era una lata.

¿Tus desplazamientos también?

Cualquier desplazamiento, sobre todo por la noche, para ir a comprar droga o a ver a mis amigos. Con mis padres, a quienes quiero y respeto, adoptaba una actitud de provocación. Y especialmente con mi padre, a quien di sorpresas verdaderamente desagradables. Me hubiese gustado que él hubiera tomado una determinación, que me hubiera socorrido, pero no sentía más que una débil resistencia. Entonces, seguía haciendo de las mías. Desaparecía dos días dejando sólo una nota, me iba de repente de madrugada y un sin fin de agresiones que no me atrevo a enumerar ya que son repugnantes. Siento haber hecho todo esto, no conducía a nada.

¿Qué quieres decir con eso?

Mira, creo que no me planteaba nada, no pensaba las cosas. Ante cualquier situación reaccionaba como empujada por una intuición o una pulsión. No existía en mí el distanciamiento suficiente como para verme desde fuera, y además tenía el deseo de un no sé qué, y me encontraba en un callejón sin salida. La soledad, sentirse mal encaminado, pero seguir porque no tenía otra salida. Me ha costado mucho recuperar la confianza en mí mismo, y más aún en los demás.

Generalmente alcanzaba las metas que me proponía, si a eso se le pueden llamar metas, y aquello me daba sensación de seguridad, me sentía importante. Y todo porque no me había enfrentado nunca a una realidad austera o lúgubre, es decir, difícil.

Es uno de los aprendizajes dolorosos que vivo en La Boere. Lo seductor, lo fácil, lo llamativo, siempre me ha atraído. Huía del esfuerzo como se huye de la peste...

Al llegar a La Boere he tomado conciencia de ello.

Pero después de 14 años...

No, espera, ya me contarás mañana, por hoy ya es suficiente.